

AMOR DE 30.000 AÑOS

Sus orejas puntiagudas se mueven tratando de captar cada sonido que hace eco en el bosque infinito.

Los ruidos se van volviendo habituales, el frío de la noche también. A lo lejos él escucha un aullido profundo, pero no lo reconoce. Se sabe solo y siente miedo. El cansancio y el hambre van aletargando el cuerpo del pequeño lobo. Espasmos de frío, temblores de miedo.

El gruñido de su panza vacía le ha hecho olvidar la angustia de estar perdido de su manada. (tomó un camino equivocado persiguiendo a la gran mariposa amarilla).

De repente, su nariz negrita ha captado un olor distinto y sus orejas un idioma extraño. Olores y sonidos caminan directamente a su encuentro. Con lo que resta de sus fuerzas, se desliza lentamente tras un árbol caído.

Una ruidosa manada se acomoda junto al árbol y enciende el fuego.

El pequeño lobo desconcertado y con lo último de sus fuerzas retrocede sin hacer ruido. Cuando está a punto de perderse entre las sombras, ve a la gran mariposa amarilla posarse, alegremente, en el hombro del hombre. Su par de ojitos curiosos aparecen en medio de las ramas y miran directo, profundo, sin miedo.

El hombre sonríe, el lobo lo imita.

Por primera vez, cinco dedos se extienden para tocar un lomo y en ese momento de la historia, se inventa una caricia única.

(La mariposa amarilla aletéa)

El pequeño lobo se acerca lentamente y con su naricita húmeda, sella la mano del hombre, en el idilio más sublime, para toda la eternidad.

M. Rubianes L.